

deración de una dimensión temporal más amplia. Y el mal moral es el desconocimiento del largo plazo.

La dificultad esencial del conocimiento es la unicidad del pensamiento humano frente a la multiplicidad de los objetos de conocimiento. Sólo un pensamiento incide con suficiente claridad y riqueza de consecuencias. El poder racional consiste precisamente en encadenar fuertemente unas en otras ideas diferentes en concatenación "necesaria".

La conexión entre medios y fines es semejante a la que resulta entre el largo y el corto plazo. Es radicalmente falso que el fin justifique los medios, sino que son los medios quienes justifican el fin. Pues los medios engendran sus consecuencias propias que pueden contradecir e imposibilitar la llegada del fin. Sólo medios adecuados y tenidos dentro de los límites condicionados por la estructura del fin pueden hacer que tal fin llegue a producirse. Los medios técnicos son la raíz de la moralidad. Lo erróneo sería pensar que el fin se podría alcanzar cualquiera que fuesen los medios, pues puede ser destruido por efectos colaterales de los medios mismos. Sólo se puede garantizar la adquisición del fin si los medios técnicos no tienen efectos colaterales a largo plazo contrarios por ser causa de nuevas alteraciones. Es lo que sucede con la fuerza física o social como medio para la felicidad de la comunidad, por destruir directamente por sus efectos laterales la posibilidad comunitaria.

Las sugerencias que se obtienen del libro de Fourastié son múltiples y afectan a gran cantidad de aspectos: la materia, el espacio y el tiempo, la estructura jurídica de la propiedad, etc., que sería prolijo describir, pero necesario conocer mediante su lectura.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE

GAMBRA (Rafael): *Historia sencilla de la filosofía*. Ediciones Rialp. Madrid, 1961, 256 págs.

Esto es el libro de Gamba. Una historia sencilla de la filosofía. Pero es en lo sencillo donde encontramos muchas veces lo grande y también en ocasiones lo sublime, porque sencilla es la santidad. Y grande es ya para nosotros que puede exponerse con sencillez, como lo hace el autor, el pensamiento, tantas veces enrevesado, de no pocos filósofos. En ocasiones son estos libros "sencillos" y sin pretensiones los que mejor han sabido captar a distancia lo que intérpretes y comentaristas inmediatos no supieron expresar con exactitud acaso por estar influidos por otros prejuicios que los de la objetividad que debe tener todo historiador, aún de la filosofía. Siempre nos ha parecido que no es tan difícil la verdad filosófica para que no pueda hacerse comprensible y por ello nos ha sorprendido el empeño de algunos filósofos, y filósofos notables, de decir o lo que nadie ha dicho o de un modo a veces también que nadie lo entiende. La fraseología retorcida empleada por filósofos tan indiscutibles como Hegel, Heidegger o Husserl no contribuye ciertamente a hacernos asequible con sencillez la verdad que pueda haber en sus sistemas.

Pues bien, el profesor Gamba ha sabido compendiar en una exposición sencilla la doctrina filosófica, desde los filósofos cosmólogos presocráticos hasta los existencialistas de nuestros días. Y lo hace, a nuestro juicio, con evidente acierto y claridad (que todo esto lleva consigo la sencillez) aun en aquellos sistemas a cuya casi insuperable incompreensión nos tienen tan acostumbrados algunos historiadores de la filosofía. Así, expone los rasgos principales, en los autores más caracterizados del *idealismo* alemán, que con su "revolución copernicana" había de pretender dar al traste con toda la filosofía anterior aun cuando de ella había de tomar no poco. Lo mismo ocurre con la caracterización que hace del existencialismo, precisando las notas más destacadas del pensamiento de Kierkegaard, Heidegger y Sartre, calificando a esta última de "un ateísmo coherente" y señalando que el existencialismo alemán "constituye una de las dos caras del existencialismo. Es la aceptación de la contingencia y de la finitud, y su superación por un vivir en presencia de la muerte: filosofía de tragedia y de desesperación". El reverso de la otra cara del existencialismo es, para el autor, el irreflexivo y hedonista: "el existencialismo interpretado por los filósofos y literatos franceses de la actual posguerra, ya que si no hay otra cosa que la existencia concreta del hombre, sostenida y limitada—antes y después—por la nada, la consecuencia más grata será *profiter de la vie*" (p. 249).

Muy acertada también la puntualización con que precisa las relaciones entre filosofía y teología, filosofía y religión, en el capítulo dedicado a "Cristianismo y Filosofía". La existencia de una *filosofía cristiana* es un hecho histórico del que no se puede dudar, "porque, claramente diferenciada, llena toda una edad de la Historia". A las posiciones antitéticas de la *identificación e influencia* o "teoría de las dos verdades", renovada por determinados filósofos modernos que han supuesto que la fe pertenece al sentimiento y no puede tener una fundamentación racional, opone el autor su pensamiento, que es, por supuesto, el pensamiento cristiano que no admite que procediendo de Dios tanto el contenido de la fe como la razón, puedan oponerse entre sí. Y por lo que se refiere a la opinión, bastante extendida entre los filósofos de los últimos siglos, que afirma la incompatibilidad entre filosofía y religión, esto es, la imposibilidad de una filosofía cristiana, el autor con el común sentir cristiano, defiende la *influencia parcial* (negativa o positiva) de la religión sobre la filosofía, siendo la primera directiva de la segunda, pero dejando ancho campo a la especulación filosófica. "De hecho, el impulso filosófico, lejos de adormecerse durante los siglos cristianos, reverdeció en ellos, dando lugar a una profunda especulación que se destaca sobre todas por su sinceridad y continuidad" (p. 109).

E. SERRANO VILLAFAÑE